

Violencia contra las mujere

*la necesidad
de un doble plural*



Wilson Hernández Breña
Editor

 **GRADE**
Grupo de Análisis para el Desarrollo

 **CIES**
consorcio de investigación
económica y social

Construyendo conocimiento para mejores políticas



**Violencias contra las Mujeres
La necesidad de un doble plural**

Wilson Hernández Breña
Editor

Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE)
Av. Grau 915, Barranco, Lima 4, Perú
Apartado postal 18-0572, Lima 18
Teléfono: 247-9988
www.grade.org.pe



Esta publicación cuenta con una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Lima, noviembre del 2019
Impreso en el Perú
500 ejemplares

Las opiniones y recomendaciones vertidas en este documento son responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente los puntos de vista de GRADE, PNUD y CIES. Los autores declaran que no tienen conflicto de interés vinculado a la realización del presente estudio, sus resultados o la interpretación de estos. La publicación se logró gracias al financiamiento del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo – Perú y además contó con el auspicio del Consorcio de Investigación Económica y Social.

Editor: Wilson Hernández Breña.
Corrección de estilo: Artífice Comunicadores.
Diseño de carátula: Juan Luis Gargurevich.
Ilustración de carátula: Lici Ramírez (Amanecer esperanza).
Diagramación: Amaurí Valls M.
Impresión: Impresiones y Ediciones Arteta E.I.R.L.
Cajamarca 239-C, Barranco, Lima, Perú. Teléfonos: 247-4305 / 265-5146

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-16883
ISBN: 978-612-4374-24-1

CENDOC / GRADE

HERNÁNDEZ, Wilson

Violencias contra las Mujeres. La necesidad de un doble plural / Wilson Hernández Breña. Lima: GRADE, 2019.

ACOSO, GÉNERO, HISTORIA, MACHISMO, MUJERES, SEXISMO,
VIOLENCIA, PERÚ

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

LA NECESIDAD DE UN DOBLE PLURAL	9
WILSON HERNÁNDEZ BREÑA	

VIOLENCIAS EN RELACIONES DE PAREJA

CAPÍTULO 1

NO UNA, SINO VARIAS FORMAS DE SER VÍCTIMA: PATRONES DE VICTIMIZACIÓN EN RELACIONES DE PAREJA	25
WILSON HERNÁNDEZ BREÑA	

CAPÍTULO 2

¿POR QUÉ NO DEJAN A LOS HOMBRES VIOLENTOS? ASPECTOS SOCIALES Y CULTURALES VINCULADOS CON EL MANTENIMIENTO DE LAS RELACIONES EN MUJERES AFECTADAS POR MALTRATO CONYUGAL	61
CÉSAR NUREÑA Y CECILIA CAPARACHÍN	

CAPÍTULO 3

¿POR QUÉ LAS MUJERES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA DE PAREJA EN EL PERÚ NO BUSCAN AYUDA?	87
JHON ORTEGA	

CAPÍTULO 4

¿MÁS EDUCADAS, MÁS EMPODERADAS? COMPLEMENTARIEDAD ENTRE ESCOLARIDAD Y EMPLEO EN LA PROBABILIDAD DE VIOLENCIA DOMÉSTICA CONTRA LAS MUJERES EN PERÚ	117
ROSA LUZ DURÁN	

NUEVOS CONTEXTOS PARA VIEJOS PROBLEMAS

CAPÍTULO 5

“A UNA SEÑORITA NO LE PASAN ESAS COSAS...”: SEXISMO Y CULPABILIZACIÓN DE LA VÍCTIMA EN COMENTARIOS EN REDES SOCIALES ANTE UNA NOTICIA DE VIOLENCIA SEXUAL OCURRIDA EN LIMA	147
ERIKA JANOS URIBE Y AGUSTÍN ESPINOSA	

CAPÍTULO 6	
GÉNERO Y ESPACIO PÚBLICO: EL ACOSO SEXUAL CALLEJERO COMO MUESTRA DE HOMBRÍA	183
MARIELIV FLORES	
CAPÍTULO 7	
SEXISMO AMBIVALENTE Y ACTITUDES DESFAVORABLES HACIA EL LIDERAZGO FEMENINO EN UNA ESCUELA DE SUBOFICIALES DEL EJÉRCITO PERUANO	211
CLAUDIA SERNA Y ROSA CUETO	
CAPÍTULO 8	
CUANDO EL REMEDIO ES PEOR QUE LA ENFERMEDAD: EL DISCURSO DE AUTOAYUDA AMOROSA DE TOMÁS ANGULO Y LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL PERÚ	237
CAROLINA ARRUNÁTEGUI	
CAPÍTULO 9	
ENUNCIACIÓN PERIODÍSTICA DEL FEMINICIDIO ADULTO: EL CASO DE PAOLA PERALTA	269
LILIAN KANASHIRO Y LUCÍA YAP	
UNA MIRADA CRÍTICA DESDE LA AMAZONÍA	
CAPÍTULO 10	
SUICIDIOS EN LOS TIEMPOS DE COCA: GÉNERO, VIOLENCIA Y CAMBIOS SOCIALES EN COMUNIDADES TICUNA DE LA AMAZONÍA PERUANA	299
CECILIA NUÑEZ, MANUEL MARTÍN, SYDNEY SILVERSTEIN Y ROSARIO RODRÍGUEZ	
CAPÍTULO 11	
LA MUERTE COMO RECURSO: VIOLENCIA Y GÉNERO EN LA CULTURA AWAJÚN	327
WILLY GUEVARA	

CAPÍTULO 12	
LA SELVÁTICA DE LA CASA VERDE: MÁS ALLÁ DE LA VIOLENCIA DEL ESTEREOTIPO Y DEL ESTIGMA	367
ANDREA CABEL GARCÍA	
LAS VIOLENCIAS EN LA HISTORIA	
CAPÍTULO 13	
PUBERTAD Y ELECCIÓN MATRIMONIAL. LA CIUDAD DE LIMA Y LA EXPERIENCIA DE LA SEVICIA CONYUGAL EN LA AGONÍA COLONIAL	391
LUIS BUSTAMANTE OTERO	
CAPÍTULO 14	
¿DURMIENDO CON EL ENEMIGO? UN ESTUDIO EXPLORATORIO SOBRE LA VIOLENCIA, LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO ENTRE AFRICANOS Y AFRODESCENDIENTES. LIMA A FINES DEL PERIODO COLONIAL	413
MARIBEL ARRELUCEA	
CAPÍTULO 15	
“EXTIRPACIÓN DE LAS IDOLATRÍAS” Y VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES INDÍGENAS EN LOS ANDES COLONIALES, SIGLO XVI	443
PALOMA RODRÍGUEZ	
SOBRE LOS AUTORES	467

CAPÍTULO 10

SUICIDIOS EN LOS TIEMPOS DE COCA: GÉNERO, VIOLENCIA Y CAMBIOS SOCIALES EN COMUNIDADES TICUNA DE LA AMAZONÍA PERUANA

Cecilia Núñez, Manuel Martín - Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana

Sydney Silverstein - Wright State University

Rosario Rodríguez - Pontificia Universidad Católica del Perú

1. Introducción

Es conocido que con el narcotráfico viene la violencia, pero la violencia mediática, ilustrada en libros y en medios de comunicación de masas, no visibiliza los impactos que las economías ilícitas tienen en la vida íntima de las personas, en las relaciones de parentesco y en la estructura de las sociedades donde se desarrolla la actividad. No cabe duda de que la introducción del cultivo de coca en el Bajo Amazonas, territorio ancestral del pueblo ticuna, ha provocado una serie de conflictos entre el Estado, los narcotraficantes, las comunidades ticuna y las comunidades campesinas. También ha impactado dentro de las mismas comunidades, en las relaciones de género y parentesco, arrastrando a muchas de ellas al vórtice mismo de la actividad ilícita. La zona fronteriza entre Colombia, Perú y Brasil es un área geográfica de producción de hoja de coca, procesamiento y tráfico de pasta básica de cocaína hacia los mercados internacionales, y que ha estado en constante crecimiento durante los últimos 20 años (López y Tuesta, 2015). Los cultivos ilegales de coca se incrementaron en el lado peruano como respuesta a la presión militar y a las políticas de erradicación puestas en marcha en otras zonas cocaleras del país, como la cuenca alta del río Huallaga o los territorios bañados por los ríos Apurímac, Ene y Mantaro (Van Dun, 2016), pero también debido a las políticas de represión y mayor control en Colombia, lo que provocó que muchas organizaciones colombianas empiecen a manejar grandes hectáreas de cultivo de coca en el lado peruano.

La coca ha supuesto una oportunidad económica para muchas familias ticuna. Durante las últimas décadas del siglo XX, los ticuna fueron simples

observadores o tímidos trabajadores de las pequeñas organizaciones ilegales. En pleno siglo XXI, la demanda de la coca se disparó y su participación ha sido mucho más directa y constante. La actividad ilegal generó mejoras, lo que no pudieron lograr las inadecuadas y deficientes «políticas de desarrollo» del Estado peruano. El lujo, tal como lo conocemos en la sociedad occidental, nunca cuajó en las comunidades indígenas, pero, al menos, muchos jóvenes indígenas pudieron acceder a servicios de educación secundaria y superior; las familias vieron cómo sus viviendas mejoraban, y pudieron acceder a bienes de consumo que eran percibidos como indicadores de desarrollo, como motores de luz, cocinas a gas, televisores o equipos de música. De la misma forma, la disponibilidad de dinero también produjo un aumento considerable del consumo de alcohol destilado y de drogas —pasta básica de cocaína—, y, con ello, la profundización de la violencia y el quiebre de los procesos tradicionales de transmisión de conocimientos propios del pueblo ticuna. Luego de los procesos de erradicación, llevados a cabo a finales del 2014, hubo reajustes y la actividad se reestructuró. En la actualidad, el cultivo ilícito se ha fortalecido. Al aumentar notablemente los monocultivos de coca en la zona, la actividad se rige bajo nuevas reglas y establece relaciones de poder mucho más sutiles que las del pasado, como las uniones de parejas mixtas (mujeres ticunas y colombianos) y el «enganche», basado en el consumo de sustancias adictivas.

La coca ha provocado cambios radicales en los sistemas económicos y sociales de las comunidades ticuna, muchos de ellos son irreversibles, otros prevalecerán a mediano y largo plazos. Con base en más de tres años de experiencia de trabajo con comunidades ticuna del Bajo Amazonas, en el presente artículo ilustramos las formas en que la coca ha interferido en las relaciones íntimas en las comunidades. Sin afirmar de manera tajante que la coca ha provocado más violencia entre las parejas ticuna, mostramos cómo la coca ha impulsado nuevos motivos para la violencia, que, desafortunadamente, de manera directa o indirecta, tienen como desenlace final el suicidio de las mujeres ticuna.

Analizamos las relaciones de género y cómo las nuevas dinámicas generadas, no solo por la presencia de cultivos ilícitos, sino también por la

producción de pasta básica de cocaína, hacen más vulnerables a las mujeres ticuna del Bajo Amazonas, lo que desencadena el aumento de la violencia y los actos no deseados como el suicidio. Para ello, interpretaremos los nuevos roles que desempeñan las mujeres ticuna y en qué medida la mayor disponibilidad de dinero afecta las relaciones entre hombres y mujeres. La revaloración del patrimonio cultural y la autonomía económica surgen como estrategia válida para combatir cualquier tipo de violencia.

2. Metodología

El artículo se elaboró a partir de información y de vivencias personales recogidas durante nuestra intervención, entre los años 2015 y 2018, como parte de una agenda de investigación más amplia que buscaba estudiar y revalorar los conocimientos y prácticas tradicionales en comunidades indígenas del distrito Ramón Castilla, provincia de Ramón Castilla, departamento de Loreto.

En este periodo se llevaron a cabo 16 viajes a cuatro comunidades ticuna, donde desarrollamos diagnósticos participativos, sesiones de correflexión sobre desarrollo propio, entrevistas semiestructuradas sobre las percepciones de la presencia de cultivos de coca, así como jornadas vinculadas con la recuperación de los conocimientos tradicionales. Para completar el artículo, se desarrollaron dos entrevistas grupales y dos entrevistas individuales a mujeres ticuna. Además, incluimos los resultados de la investigación realizada para obtener el grado de doctor de una de las autoras (Silverstein, 2018), en la que investiga la participación de algunas comunidades ticuna en programas del desarrollo alternativo que llegaron a la zona después de la erradicación de la coca. Durante estos procesos, hemos acompañado a las mujeres ticuna en sus actividades cotidianas —preparando comida, cuidando de los niños, tejiendo con chambira y huarumá—. Las hemos acompañado en viajes en lancha, rápido y peque-peque, caminatas por la chacra y paseos en motocar. Hemos escuchado chistes, historias y memorias. Hemos sido testigos de logros

y pérdidas —nacimientos de nuevos hijos, pérdida de seres queridos y reconocimientos. También fuimos testigos de dos casos de suicidio. El primero fue el de una mujer joven que vivía en la comunidad donde habíamos realizado mucho de nuestro trabajo. El segundo fue el de una amiga, una gran colaboradora en las investigaciones emprendidas y embajadora del patrimonio cultural ticuna.

Aunque no basamos nuestro trabajo en estadísticas, debido, sobre todo, a la ausencia de datos válidos sobre violencia y suicidio en comunidades rurales, nos enfocamos en estos dos casos de estudio que representan, para nosotros, el culmen de la violencia en la zona rural y el límite trágico al que son empujadas muchas mujeres en las comunidades ticuna. No todas (ojalá ninguna más) terminarán así, pero para nosotros estas historias deben ser un motivo para pensar en cómo evitar estos finales trágicos.

En este punto, seguimos la perspectiva de antropólogos como Biehl (2006), García (2010) y O'Neill (2015), quienes proponen que las historias de vida pueden mostrar cómo los complicados enredos de la historia, el género y la violencia afectan a un individuo y, por ende, a la sociedad de la que forma parte. En nuestro trabajo con las mujeres ticuna, en las entrevistas y las conversaciones personales con muchas de ellas, la mayoría nos contaron historias de violencia. En una de las comunidades, por ejemplo, un grupo de mujeres indicó los tres hogares donde las parejas «vivían tranquilas». Para ellas, era más fácil identificar donde no veían peleas ni abusos, que identificar los hogares donde sí existía violencia.

A partir del trabajo desarrollado en la zona, y con la intervención del Ministerio de Cultura, se ha propiciado la participación de grupos de mujeres ticuna en ferias culturales en Lima. Hasta el momento han participado 11 mujeres en un total de cuatro oportunidades, lo que favoreció, de manera importante, el intercambio de experiencias.

Además de las entrevistas realizadas a mujeres, desarrollamos también entrevistas a docentes y especialistas del Centro Emergencia Mujer (CEM) de Caballococha. Se estima que durante nuestro trabajo en la zona se ha interactuado y buscado la participación de, por lo menos, 60 mujeres, aunque basamos nuestro análisis en las relaciones sostenidas a largo plazo

con un grupo de diez mujeres que fueron participantes e informantes desde el 2015. Las conversaciones y reuniones con ellas han sido clave en nuestro análisis.

Nuestra mayor dificultad fue la ausencia de estudios previos sobre violencia o vulnerabilidad de las mujeres indígenas en contextos de narcotráfico en el Bajo Amazonas, o el acceso a datos que permitan comprobar o determinar si realmente la presencia de la coca ha provocado el aumento de suicidios de las mujeres ticuna. El difícil acceso a la zona y

Figura 1
Mapa de ubicación de la zona de estudio



Fuente: Nuñez, C. y otros (2018). *Copyright* Juan José Palacios.

lo delicado del tema son las causas principales, algo que también señalan otros autores en contextos diferentes (Cassorla y Smeke, 1994; Barros, 1991). Abordamos el tema con la información obtenida durante los años de trabajo y el conocimiento de casos específicos de violencia, así como actos de suicidio de los que fuimos testigos. Más allá de considerarlo un obstáculo, puede ser el punto de partida y la motivación necesaria para visibilizar la problemática de las mujeres ticuna en el Bajo Amazonas, lo que permite al Estado o a la sociedad civil tomar medidas concretas para hacerle frente, a pesar de que el escenario se torne, en la actualidad, sumamente adverso.

3. Aclarando conceptos

La Organización Mundial de la Salud define a la violencia como «el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones» (OMS, 2002). Según esta definición, la violencia sería ejercida sin ningún tipo de interés, fuera de la propia intención de causar dolor y sufrimiento a la víctima o a uno mismo. Por lo general, muchas de las definiciones de violencia desvinculan el acto violento del interés o el objetivo buscado con ese acto (Chenais, 1981; Platt, 1992), pero algunos autores consideran que la violencia es ejercida de manera interesada con el único objetivo de conseguir, con el uso de la fuerza abierta o solapada, algo que un individuo o un grupo no quieren consentir libremente (Domenach, 1980). La conceptualización de la violencia, como interesada y hostil a la libertad del otro y, en cierta forma, premeditada, es mucho más esclarecedora y permite distinguirla de conceptos también complejos como el de agresividad, en los que la premeditación y la intención racional están ausentes. Para los efectos de la investigación desarrollada en el Bajo Amazonas, nos abrazamos a este tipo de contextualización, ya que tanto para la violencia ejercida

contra las mujeres, como para la violencia ejercida por ellas mismas en su propio perjuicio o la violencia simbólica (Bourdieu, 1999), existe siempre una intención más allá de la generación del daño. Nos parece también interesante introducir la diferenciación que hace Echeburúa (1989) de la violencia. El autor considera que existe un tipo de violencia que se ejerce sin planificación y está vinculada a ciertos elementos catalizadores, como el alcohol, las drogas, el fanatismo, el racismo, etcétera, y una violencia que se desarrolla de forma planificada durante periodos extensos de tiempo (Quiroga y Cryan, 2011). Ambas tienen el objetivo de destruir a la víctima y cooptar su libertad, lo que provoca sentimientos autodestructivos basados en la venganza o la liberación (Preti, 2006). Estos dos tipos de violencia han sido utilizados de manera indistinta en las comunidades de estudio.

No cabe duda de que en el enorme universo que se despliega en torno a la violencia, la violencia contra las mujeres ocupa un lugar importante, por su relevancia y por los efectos que genera, de manera particular, en las comunidades rurales de la Amazonía. Es de suma importancia entender que la violencia contra la mujer en comunidades ticuna del Bajo Amazonas no se define en el ámbito doméstico, sino que es un problema que abarca todos los ámbitos de la vida social en estas comunidades. Aunque muchas veces aflore como violencia física y/o psicológica en el seno familiar, en el fondo son formas de la violencia estructural, generada en parte por la pobreza, el abandono del Estado, la falta de recursos y la inexistencia de servicios básicos (Farmer, 1996). Siguiendo la lógica expuesta por Lorente M. y Lorente J. A. (1998), consideramos que a la mujer ticuna no se la maltrata por ser madre, hija, enamorada o esposa, sino por el simple hecho de ser mujer.

El concepto de género apunta a las diferencias entre hombres y mujeres (Meertens, 1995), que más allá de sus atributos biológicos, representa construcciones sociales y culturales. Las identidades femeninas y masculinas, y sus respectivos roles en la sociedad, por consiguiente, no son fijas o dadas por naturaleza, sino conformadas y modificadas permanentemente en los procesos de interacción social, en donde los roles y las identidades de hombres y mujeres poseen, en cada país, en cada región, características particulares. Cuando hablamos de género, no solo nos preguntamos cómo

la violencia afecta a las mujeres, sino cómo afecta a las mujeres en relación con los hombres, a las mujeres y a los hombres en forma diferenciada. El término se vuelve más complejo cuando hablamos de las comunidades indígenas amazónicas, ya que entran en juego nuevas interacciones que involucran los roles asumidos por hombres y mujeres, que deberían fluir de manera paralela en el día a día, y que generan equilibrio y coherencia social (Belaunde, 2005). Las nuevas dinámicas generadas en torno a una serie de actividades, como el cultivo ilegal de coca, han provocado cambios drásticos en las relaciones de género. Esto ha establecido categorías de prestigio que no tienen su base en aspectos de producción para el autoconsumo o habilidades especiales compartidas en la antigüedad, dentro del ámbito de los roles establecidos desde el nacimiento, por hombres y mujeres. Hoy el prestigio está ligado a la obtención de beneficios económicos y es monopolizado por los hombres (Fuller, 2009), rompiendo el equilibrio, generando vulnerabilidad en la mujer y favoreciendo los diferentes tipos de violencia contra ellas.

La forma de violencia más esquiva, pero no por ello menos estudiada, es la violencia que se ejerce contra uno mismo. El suicidio ha sido estudiado en profundidad por las ciencias sociales y es siempre un tema que despierta sentimientos encontrados entre los investigadores, ya que revela en profundidad la intersección existente entre el ámbito social y el ámbito individual. Sin duda, uno de los estudios más importantes sobre el tema fue desarrollado por Durkheim (1897). Su estudio versa sobre la producción de los significados y las emociones negativas en individuos y grupos en tiempos de cambios sociales dramáticos y cómo esos cambios vuelven más vulnerables a la autodestrucción a ciertos grupos que a otros. Según Durkheim, existe una correspondencia entre los niveles de integración social y la frecuencia de los suicidios. Enfatiza también que en las comunidades que presentan una menor integración (usando indicadores como la participación en las actividades religiosas) existe una tasa más alta de suicidio. Otro dato interesante que nos aporta Durkheim es que no solo las comunidades menos integradas son las más vulnerables al suicidio, sino también aquellas que son más compactas y cuyas familias se encuentran

más integradas. El suicidio es una característica vinculada a la figura del mártir que dedica su vida e identidad al grupo.

Los métodos y conclusiones de Durkheim han sido bastante criticados, pero, a pesar de todo, sus conclusiones son pertinentes hasta el día de hoy (Wray, Colen y Pescosolido, 2011). En épocas de cambios sociales dramáticos, la pérdida de identidades y papeles sociales, así como el aumento de los casos de anomia, tienden a ser mucho más comunes.

No obstante, no debemos entender el suicidio solo como marca de (des)integración social, sino también como acción social y culturalmente significativa (Douglas, 1967). Si en algunos casos el suicidio refleja anomia y falta de apoyo, en otros contextos culturales, quizás, juega otro papel —el suicidio como pecado no es un referente de carácter universal; el suicidio es un acto y una declaración—, pero no siempre expresa la misma cosa. En Japón, por ejemplo, el suicidio no tiene el mismo estigma. Generalmente, las percepciones culturales japonesas del suicidio son más tolerantes que las de los Estados Unidos y otros países. En numerosos casos, los suicidios se consideran moralmente como un signo de madurez y responsabilidad (Ozawa de Silva, 2008).

Según un estudio de las Naciones Unidas (ONU, 2009; Vargas y otros, 2016), el número de muertes por suicidio en personas indígenas supera en incidencia a la de los suicidios de la población en general. En comunidades indígenas de la Amazonía peruana, el fenómeno del suicidio difiere con los resultados de la mayoría de grandes estudios sobre el suicidio, donde es más común en los hombres. Según el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) de los Estados Unidos, los hombres son tres o cuatro veces más propensos a suicidarse que las mujeres; en Japón, las estadísticas son parecidas (Ozawa de Silva, 2008), pero en la Amazonía peruana está más vinculado con las mujeres, como acto de desesperación y/o venganza¹⁹ (Brown, 1986; Bant, 1999; Belaunde, 2005). El suicidio es un arma contra las relaciones de poder y control (Vargas y otros, 2016).

19 Según el Estudio Epidemiológico de Salud Mental en la Selva Rural 2009, publicado el 2012 por el Instituto Nacional de Salud Mental, existía un 7.3 % de prevalencia en los deseos de morir en las mujeres rurales amazónicas. El porcentaje para los hombres era de un 5.7 %. Un 26.2 % de mujeres pensaron alguna vez en su vida en el suicidio.

Aunque no existen muchos estudios formales sobre los suicidios en la Amazonía indígena, los pocos que existen, además de nuestro trabajo etnográfico en tres comunidades del pueblo ticuna, determinan que la mayoría de los intentos de suicidio son llevados a cabo por mujeres. Es un resultado directo de la violencia ejercida contra ellas (Vargas y otros, 2016).

Para acercarnos al tema del suicidio entre las mujeres indígenas del Perú, tenemos la tesis doctoral de Carvalho (1998), que aborda el suicidio en la población ticuna del Alto Solimoes y los artículos de Corpas (2011), Unicef (2012), Ramírez y otros (2018) y Willy Guevara (ver su capítulo en este libro). Asimismo, en el 2018 se presentó el documental *Las hijas de Nantu*, dirigida por Willy Guevara, que trata el tema del suicidio entre las mujeres awajún.

Todos los autores y autoras, excepto el trabajo de Carvalho (1998)²⁰, coinciden en que el suicidio y los intentos de suicidio se dan, en la mayoría de los casos, entre mujeres y es percibido por los pueblos indígenas como un problema grave, cuyas razones son diversas, ya que no solo se habla de colonización, sino también del suicidio como arma reivindicativa y de lucha, así como de un fenómeno con muchos elementos sentimentales y culturales, por lo que no deberíamos simplificarlo.

Aunque la investigación aborda cómo la violencia se ha vuelto más dinámica en el contexto del cultivo ilegal de la coca, consideramos al suicidio como la forma más dramática de violencia ejercida contra uno mismo, pero también como el resultado más perverso de la violencia contra la mujer, ya que el victimario anula, en primer lugar, la voluntad de la víctima para, finalmente, destruirla físicamente.

4. Un golpe final: El caso de Luzmila

Luzmila estaba de sueño. Llegó junto a sus hijos a nuestro hotel, después de mucho caminar bajo el hiriente sol amazónico. Su amiga, la profesora

20 El análisis de la información realizado por la autora, en base a datos proporcionados por la Funai, sobre suicidios e intentos de suicidios, reporta que en los dos casos el número de hombres es mayor al de las mujeres. Hay que aclarar que la autora señala la dificultad de constatar los datos reales, ya que la vergüenza lleva a ocultar las auténticas causas de la muerte o las lesiones, lo que podría solapar la cifra real de muertes del género femenino.

Marcia, la acompañaba y fue quien la ayudó a ubicarnos, pues tenía miedo de llegar sola. Subieron a uno de los cuartos y les invitamos a tomar algo del frigobar. Luzmila se echó en la bonita cama de dos plazas. Se la veía cómoda allí. Sin duda merecía un descanso después de un día ajetreado. Conversamos con la profesora sobre el viaje —la quebrada estaba seca y tuvieron que empujar su canoa en el barro varias veces—. Buscamos algunos dulces que habíamos guardado para los niños. A pesar del revuelo que los dulces provocaron, Luzmila permaneció allí tumbada, sus ojos se cerraban y se abrían lentamente. Realmente estaba de sueño y sentíamos que disfrutaba plenamente de esta pequeña oportunidad de descanso. Sus hijos jugaban y la profesora nos mostró las shicras que Luzmila tejió y que quería vender en Caballococha. Eran realmente lindas y nos animamos a comprar dos de ellas. Le pagamos cien soles por las shicras, dinero justo por su arduo trabajo. Sin embargo, algo en nuestro interior nos decía que ese dinero no iba a ser ni para ella ni para sus hijos. Su marido pronto descubriría que Luzmila tenía dinero y la despojaría de toda la plata ganada con su trabajo.

Últimamente, la plata iba y venía en oleadas. Al principio había bastante, mucho más de lo que Luzmila había visto en su infancia. Se acordó cómo, de niña, podía ganar unos soles cargando bultos para los colombianos, tipos elegantes con ojos claros que tenían un negocio importante cerca de su comunidad. Cuando ya era mujer, su familia empezó a sembrar su propia coca. Al inicio no fue un gran cambio. La coca crecía junto con su yuca, su maíz y su plátano, pero, poco a poco, la coca pasó de ser un cultivo más en la chacra a convertirse en una fuente considerable de dinero. El dinero trajo cambios a la comunidad y estos no fueron solo materiales. Luzmila notó los cambios en carne propia. Su marido —un primo lejano de otra comunidad con el que se casó a los veinte años— comenzó a beber mucho y en su embriaguez empezó a pegarle duro. La mayoría de los hombres ticuna pegan a sus mujeres, al menos eso es lo que vio Luzmila desde pequeña, pero con su marido era otra cosa.

A veces, su marido se iba al centro para trabajar en la recogida de la hoja de coca, de raspachín. Luzmila sabía que otros hombres hacían lo

mismo, también los jóvenes de la comunidad. Decían que pagaban bien, aunque el trabajo era duro. Su marido nunca regresaba con plata, a pesar de las necesidades en casa. Lo poco que traía se esfumaba rápido, porque compraba cerveza o alcohol de caña. A veces le pagaban con droga ¿Qué es la droga? Luzmila no entendía esta palabra. Solo sabía que olía feo y tenía la capacidad de endurecer aún más a su esposo, volverlo más violento y posesivo. El vacío de sus ojos solo era el reflejo del odio provocado por la droga en su interior. La droga lo cambiaba, lo envilecía aún más.

Un día empezaron a llegar los policías. Pertenecían a un grupo que todos conocían como Corah, siglas de un proyecto para el control y reducción del cultivo de hoja de coca que al comienzo se instaló en el Alto Huallaga y después se extendió al Bajo Amazonas. Su misión era destruir los cultivos de coca alrededor de las comunidades. Llegaron, arrancaron los plantones de coca y los quemaron. El aire se llenó de humo y, en cierta forma, también sus vidas, ya que supuso el freno al ingreso seguro de dinero en las familias. Les dijeron que llegaría el Estado y les ayudarían a sembrar cultivos lícitos, alternativos a la coca. Llegaron entonces ingenieros de Devida que empezaron a hablar del cacao como la panacea que aliviaría todos los males en el Bajo Amazonas. Según ellos, en San Martín y en otros lugares del Perú su cultivo había doblegado completamente a la coca, mejorado la calidad de vida de las comunidades y aumentado los ingresos de las familias. Luzmila no tenía claro quién representaba al Estado, nunca había escuchado de San Martín y no sabía nada sobre la forma en la que vivían por esas tierras, ni de los cultivos milagrosos que ayudaban a las familias a construir casas y comprar motos. Ella solo conocía su pobreza y cómo su esposo se gastaba la plata tomando alcohol y drogándose en las bodegas que los propios colombianos habían instalado en su comunidad. Su esposo era un esclavo de sus vicios, pero también el verdugo de los sueños de Luzmila.

Los ingenieros llegaron a la comunidad y registraron a los comuneros dentro de su programa de promoción del cacao. Tuvieron que firmar un contrato para recibir semillas de cacao, abono y otras cosas para instalar sus cultivos. Luzmila y su esposo se registraron y empezaron a sembrar cacao. A Luzmila le cayeron bien los agrónomos, siempre le daban consejos para

cuidar los cultivos. El programa de cacao le otorgaba cierta tranquilidad y sembraba una semilla de la esperanza en su interior, tal vez su situación mejoraría. Sin embargo, la esperanza puede socavarse fácilmente, la mirada de su esposo era vacía. La erradicación de la coca no disminuyó su consumo de drogas, ni sus ansias de tomar alcohol hasta la inconsciencia. Le pegaba a Luzmila más fuerte que nunca. La violencia de su esposo se mezclaba con su cólera, sus celos, su dominación enfermiza y todos los rescoldos oscuros que su débil personalidad nunca supo procesar. Siempre tenía una justificación absurda para la violencia. La principal era la infidelidad inexistente: hasta la celaba con alguno de los ingenieros y la insultaba constantemente. Luzmila se quedaba sola en la casa, sin ir a ver sus sembríos para no provocar la furia de su esposo.

Cuando las plantitas de cacao estaban creciendo, Devida expulsó a su esposo del programa de promoción. El robo de abono y otros insumos para comprar droga fue el motivo principal. Qué paradójico, robó a la entidad encargada de frenar el cultivo de droga para comprar droga. El nombre de Luzmila nunca había figurado en el contrato, pero el dolor y la pérdida la afectaron directamente. Luzmila se quedó sin el apoyo y perdió la poca esperanza que todavía le quedaba.

Imagen 1

Foto de Luzmila y el mar, en ocasión de su participación como artesana ticuna en la Feria Nacional de Artesanía



Tomada por Rosario Rodríguez (2017).

Nuevas oportunidades llegaron y Luzmila las abrazó como siempre, con esperanza y dedicación. La revalorización de los tejidos tradicionales permitió a Luzmila dedicarse casi por completo a esta actividad. Tejía hamacas, shicras, tipitís, cedamas, cosas lindas. Luzmila viajó a Lima invitada por el Ministerio de Cultura y después de muchos años pudo conocer el mar. Se pintó los labios color rosa y se hizo un peinado muy bonito para tomarse fotos con sus amigas en la playa. La brisa agitaba sus cabellos recién peinados y dibujaba una sonrisa eterna en su hermoso rostro. Su esposo se había quedado en casa, quizá drogándose. Ella estaba en Lima, vendiendo sus artesanías, ganando dinero y pensando dónde esconderlo para que no lo encontrara. Aunque él siempre, siempre, lo encontraba.

Luzmila estaba de sueño, un sueño profundo que acumulaba después de tantos robos, golpes, abusos y amenazas. Regresó a su comunidad con renovadas esperanzas, sueños y nuevos planes, pero se encontró con el mismo marido enfermo, adicto y abusivo. Sus ojos vacíos la perseguían todo el día y en la noche penetraba en sus sueños. Se quedó sin esperanza y la luz se apagó en su interior. Sintió que solo le quedaba una opción: el suicidio. Así, nuestra amiga Luzmila acabó con la violencia.

5. Una realidad que golpea repetidas veces

La historia de Luzmila es real. Su camino y el del equipo que escribe estas líneas se unieron en el año 2015 y se bifurcaron definitivamente el 2018, cuando, rendida ante los abusos de su esposo, decidió quitarse la vida. Nuestro trabajo estaba focalizado en varias de las comunidades ticuna que son bañadas por el gran río Amazonas, cerca de la frontera con Brasil y Colombia. Sin duda, uno de los aspectos que más llamó nuestra atención —además de la presencia de cultivos ilegales—, y que nos alarmó considerablemente, fueron las historias de violencia contra las mujeres: los dos casos de suicidios de los que fuimos testigos y los más de diez suicidios que se conocieron en las reuniones participativas. La muerte de Luzmila nos golpeó de manera cercana y contundente. Luzmila fue una de las

maestras tejedoras promotoras de los tejidos tradicionales ticuna, apoyo permanente a la investigación y reflejo de la cultura ticuna donde fuera.

El caso de Luzmila no puede comprenderse fuera de las dinámicas generadas por la industria de la coca en las comunidades ticuna. El aumento del consumo de alcohol y drogas, provocado por el aumento de dinero y la presencia de foráneos ajenos a la cultura; las propuestas de desarrollo alternativo poco integrales, y el quiebre, casi definitivo, de las estructuras tradicionales de parentesco y transmisión de conocimiento, han generado escenarios que propician la violencia contra las mujeres, la indefensión y el suicidio.

Las estructuras tradicionales, soportadas en la identidad de grupo, son fundamentales para mantener la cohesión dentro de las comunidades. El *boom* de la coca ha destruido la estructura básica en la que se tejían las relaciones intercomunales. La presencia de foráneos que trabajan en alguno de los eslabones de la cadena de producción y comercialización de la coca ha generado matrimonios mixtos entre mujeres ticuna y foráneos, por lo general, de nacionalidad colombiana. Un gran porcentaje de estos matrimonios son interesados y solo buscan acceso fácil a los territorios comunales. Cuando la presión militar aumenta o se obtiene un beneficio cuantioso, los foráneos abandonan la comunidad y abandonan también a las mujeres ticuna y a los hijos que tuvieron con ellas. Esta situación estigmatiza a las mujeres ticuna, las margina dentro de la comunidad y las vuelve mucho más vulnerables a una violencia de género que toma forma de violencia simbólica y económica.

La presencia de foráneos (con intereses no precisamente altruistas) genera inseguridad en los varones ticuna, que ven cómo los «extraños» entran también en el juego del emparejamiento a nivel comunal. Esta inseguridad, unida a la ingesta permanente de alcohol, provoca que las acusaciones de infidelidad y los casos de violencia sean más comunes y brutales.

El caso de Luzmila no ha sido el único. Hubo muchos casos más, uno del que fuimos testigos y una decena de casos en otras comunidades ticuna que se conocieron en las reuniones y entrevistas personales. En

todos ellos estuvieron presentes el alcohol, las drogas y los celos como causantes o catalizadores del desenlace final. Entre nuestras informantes, los suicidios fueron tristes, pero no fueron sorpresas. Como nos explicó una profesora ticuna al hablar del suicidio de una mujer de Bufeo Cocha: «es la cólera de una mujer». Sin un medio productivo para canalizar su rabia ni sus frustraciones, para las mujeres indígenas del Bajo Amazonas, a veces, el suicidio parece su única opción. La violencia siempre ha estado presente en las comunidades ticuna, por lo que es un poco complicado definir cuál ha sido su origen. No pretendemos vincularlo exclusivamente a la proliferación de los cultivos de coca ilegal que imperan en la zona. No obstante, creemos que las dinámicas generadas en torno a la coca son el mejor caldo de cultivo para que la violencia no solo se perpetúe, sino también para que golpee más fuerte y de forma más sutil a las mujeres ticuna del Bajo Amazonas.

6. «Así vivían ellos»

Es difícil establecer con certeza el origen histórico de la violencia de género en las comunidades ticuna. Hoy la violencia contra las mujeres es habitual en todas las comunidades indígenas o mestizas de la región Loreto. No hay datos estadísticos que nos permitan validar esta afirmación, sobre todo porque las denuncias son casi inexistentes y los casos de violencia o autocastigo provocados por las agresiones no son recogidos en las instancias pertinentes, al menos no en su verdadera dimensión. No obstante, en las entrevistas realizadas a mujeres ticuna, en las comunidades visitadas, un alto porcentaje de las entrevistadas señaló haber sido víctima de violencia y consideraban que la violencia era algo común en su comunidad. Por ejemplo, en el 2018, el CEM de Caballococha atendió 180 casos de violencia, de los cuales 165 fueron reportados por mujeres. Se registraron 45 casos de abuso sexual, 36 de los cuales fueron cometidos a mujeres menores de edad. Lamentablemente, el indicador «procedencia» y «cultura» no fueron considerados en el reporte de casos, por lo que no se puede determinar la

dimensión real del problema en las comunidades indígenas ticuna. Muchas mujeres sufren la violencia en silencio. Aunque las madres adviertan sobre ello a sus hijas, no suele traspasar la frontera de la familia o la relación de parentesco, pero está presente y sus efectos son devastadores. El miedo a las represalias y a que los maltratos sean mayores son algunas de las causas del bajo porcentaje de denuncias presentadas por mujeres en las instancias pertinentes²¹.

La percepción que hoy tienen las mujeres ticuna sobre la violencia en sus comunidades y en sus hogares no está relacionada, al menos no de manera directa, con la presencia de cultivos de coca en sus territorios. La expresión más utilizada en las entrevistas desarrolladas en las comunidades de estudio fue «así vivían ellos», haciendo referencia a la convivencia cotidiana de que sus madres y abuelas tenían con la violencia de género antes de la llegada de los cultivos ilegales. Por lo general, las mujeres ticuna relacionan el alcohol y los celos con los sucesos de violencia, como nos comentó Nuria²², una mujer ticuna de 43 años: «Cuando está borracho, busca problemas... Cuando está sano, no».

Las primeras referencias escritas que tenemos de la violencia en comunidades ticuna las proporciona Nimuendajú (1950) y refuerzan la percepción de las mujeres entrevistadas. El antropólogo refiere que el alcohol funcionaba como catalizador de la violencia en las comunidades ticuna que visitó en el Brasil. Según sus propias impresiones, los ticuna tenían un buen carácter y eran pacíficos hasta que ingerían alcohol.

El alcohol favorece la violencia dentro de la familia, la violencia en la comunidad, los abusos a menores, entre otros. Si bien los pueblos indígenas siempre tuvieron acceso a bebidas alcohólicas fermentadas, estas tenían un uso ceremonial o medicinal, y eran utilizadas bajo un estricto control cultural. Después de la conquista, el uso de bebidas alcohólicas destiladas se difundió por toda la Amazonía, sobre todo con la llegada, en el siglo

21 Estas represalias pueden ser de diferentes tipos: desde la violencia física, verbal o psicológica hasta aquella que podríamos denominar «espiritual», pues el miedo a ser «dañadas», es decir, a que les hagan brujería, es muy real.

22 Seudónimo

XVIII, de los comerciantes o regatones que intercambiaban productos amazónicos por alcohol destilado (San Roman, 1994).

No cabe duda de que la ingesta de alcohol es uno de los factores más vinculados con los casos de violencia física contra las mujeres en las comunidades ticuna, pero entendemos que no es el único. Como mencionamos líneas arriba, han aparecido nuevas formas de violencia de género que son mucho más sutiles que la violencia física y ejercen un tipo de maltrato más permanente hacia la mujer, que provoca, incluso, el aumento de los casos de suicidio en la zona.

7. Ni una menos/Una más

El sábado 13 de agosto del 2016, miles de peruanos tomaron las calles al marchar contra la violencia, los feminicidios y los abusos contra las mujeres. Para muchos, la marcha «Ni una menos» fue un gran éxito²³. La marcha mostró la decisión de la población, su rabia colectiva, su indignación, su motivación para provocar cambios, y se inauguró una nueva época del feminismo latinoamericano —ya que el movimiento Ni Una Menos se difundió en todo el continente—.

El mismo 13 de agosto, Merci, una joven mujer ticuna de la comunidad de Bufo Cocha —con dos hijos— se internó en la chacra como todos los días. Antes del almuerzo, escuchamos gritos —tres de los autores de este artículo estaban en la comunidad ese sábado—. Pronto llegó la noticia. Encontraron a una mujer en el bosque. Había ingerido veneno, quería morir.

Fuimos a su casa, ayudamos haciéndole tomar aceite y, después, leche —algo para provocar el vómito y botar el veneno que estaba consumiendo la vida en su cuerpo—. Empezó a vomitar, pensamos que viviría, pero no.

23 Ni Una Menos es el nombre del movimiento feminista que surgió en Argentina, en el 2015. Es un colectivo de protesta contra la violencia contra la mujer y su consecuencia más grave y visible: el feminicidio. La primera marcha organizada bajo este nombre se realizó el 3 de junio del 2015, en ochenta ciudades de Argentina. Pronto el movimiento popular cruzó las fronteras y se arraigó en todos los países de América Latina, también en el Perú.

Finalmente, se fue, y dejó dos hijos pequeños y un marido culpable. Llamó a la muerte y la muerte vino: estaba cansada de los golpes y las humillaciones. Nos dejó en silencio, desgarró nuestras almas, gritó sin boca, sin lengua, sin garganta²⁴.

Supimos que lo hizo por cólera. Su marido le pegaba y le celaba. Ella no aguantaba más. Al ser hija del presidente comunal, matarse fue la mejor forma de materializar su venganza —el marido tuvo que irse, no regresó a la comunidad ni a su chacra, tampoco a las parcelas de coca que tenía en los terrenos adyacentes—. Su vida fue su última arma, el golpe final contra los abusos de su marido. Quizás ella, como Luzmila, estaba de sueño, o quizás solo sentía rabia. Así se mató, una mujer más, el mismo día que se realizaba la marcha de «Ni una menos».

8. La autonomía económica y la identidad nos harán fuertes

A partir del análisis y la descripción sobre la violencia contra las mujeres ticuna, desde nuestras visiones institucionales, asistimos a la posible alternativa de promover la autonomía económica. La Cepal (2018) define la autonomía económica como «la capacidad de las mujeres de generar ingresos y recursos propios a partir del acceso al trabajo remunerado en igualdad de condiciones que los hombres. Considera el uso del tiempo y la contribución de las mujeres a la economía». Esto es lo que varias mujeres han logrado: generar tantos o más ingresos que sus pares varones, aunque esto no implica igualdad de condiciones, ya que ellas aún son las que más horas de trabajo invierten, al tener que desempeñar también los roles de género tradicionales.

Los roles tradicionales de las mujeres ticuna no distan mucho de los de otras mujeres de la Amazonía. Los roles se organizan alrededor de una división sexual del trabajo (Heise, 2001). En el caso de las mujeres amazónicas, las principales actividades están orientadas a «dar vida» de diferentes maneras, porque se refiere al cuidado de niños, plantas y

24 Pablo Neruda. *Solo la muerte*. «A lo sonoro llega la muerte. Como un zapato sin pie, como un traje sin hombre, llega a golpear con un anillo sin piedra y sin dedo, llega a gritar sin boca, sin lengua, sin garganta».

animales; encargarse del trabajo doméstico, como limpieza y lavado; curar, ya que son las principales portadoras de conocimientos ancestrales de plantas medicinales; producir elementos básicos para la vida en comunidad, como las bebidas ceremoniales y festivas, y elaborar objetos tradicionales, como tejidos y cerámica. La agricultura, señala la autora, es una actividad que suele ser compartida entre varones y mujeres, aunque debemos decir que en el caso ticuna las mujeres tienen un rol particularmente importante en el trabajo en las chacras (Heise, 2001; Lasprilla, 2009).

Por otro lado, la educación «formal» y los réditos de la coca han permitido que las mujeres accedan a la educación y se desarrollen profesionalmente, a la par que los varones. Esto no quiere decir que sea en la misma medida, ni que exista una repartición equitativa de los roles dentro del hogar. Vale la pena recalcar que las profesionales o asalariadas ticuna ejercen, en su inmensa mayoría, la docencia o actividades relacionadas al cuidado, como promotoras de programas sociales como Cuna Más²⁵.

En estos últimos años ha surgido un proceso interesante en relación a los ingresos percibidos por las mujeres ticuna, además de su profesionalización. Se trata de la fabricación de objetos tradicionales, como el tejido con fibras vegetales y la cerámica, actividades que se han convertido en una salida financiera y permiten generar prestigio y capital social. El hecho de que ellas mismas puedan producir recursos económicos para su beneficio y el de su hogar no siempre garantiza una mejora dentro del mismo. En algunos casos, es una nueva razón para ser violentadas, pues la envidia y los celos generan, en ocasiones, las agresiones. En algunos casos, ellas resisten y continúan con las actividades que les resultan económicamente beneficiosas, pero en otros casos, podrían elegir no hacerlo.

La identidad ticuna, a pesar de las adversidades y de los procesos de pérdida, sigue vigente y en posesión de las mujeres, lo que permite considerar la revalorización de sus conocimientos mediante la difusión del arte tradicional. Esto podría utilizarse, además, como una «excusa» para

25 El Programa Nacional Cuna Más es un programa social focalizado, a cargo del Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social (Midis). Su objetivo es mejorar el desarrollo infantil de niñas y niños menores de tres años de edad en zonas de pobreza y pobreza extrema, para superar las brechas en su desarrollo cognitivo, social, físico y emocional (<http://www.cunamas.gob.pe>).

reunirlas, fortalecerlas como portadoras de esa parte de su cultura y darles herramientas viables y sostenibles, en un contexto tan adverso como en el que viven. Se trata de fomentar y apoyar el fortalecimiento de las mujeres ticuna a nivel organizativo, para que logren una verdadera autonomía económica y sigan desarrollándose como maestras ceramistas y tejedoras. Significaría también proteger el patrimonio cultural de este pueblo.

Que las mujeres sean capaces de generar ingresos y recursos propios para ellas y sus familias no significa que tengan más capacidad de tomar decisiones o mayores posibilidades de no ser violentadas en sus hogares o comunidades. Sin embargo, es un factor crucial para analizar su bienestar, porque les permitiría elegir, decidir e influir en las decisiones que tienen que ver con su familia (Deere, 2011).

Para que la disponibilidad de dinero tenga algún sentido, tiene que existir la posibilidad de que los individuos (pensemos en las mujeres) se desenvuelvan lo más posible fuera del hogar. Para que esto ocurra, es preciso que la negociación en el seno familiar y comunal se desarrolle con el respaldo de otras mujeres organizadas (Deere, 2011) y, por qué no, también de los esposos y hombres de las comunidades.

Por ello, fomentar y desarrollar en las mujeres ticuna capacidades para su empoderamiento económico y, por ende, autonomía económica no es suficiente. Es importante que se tome conciencia sobre la necesidad de fortalecer otros aspectos, como la capacidad de organización, protección y respuesta frente a situaciones de abuso y violencia, no solo entre las mujeres, sino también a nivel de organización indígena, es decir, lograr que organizaciones como Fecotyba²⁶ entiendan la gravedad del problema y lo incluyan en la agenda.

9. Conclusiones

Aunque no tenemos suficientes argumentos para evidenciar que la industria de la coca haya causado más violencia y, sobre todo, más casos de suicidio

26 Federación de Comunidades Nativas Ticuna y Yagua del Bajo Amazonas.

en las comunidades indígenas del Bajo Amazonas, sí podemos afirmar con convicción que la industria de la coca ha impulsado cambios drásticos en las dinámicas de poder entre géneros y generaciones, así como en los sistemas de parentesco, tan importantes para la vida en las comunidades ticuna. El dinero generado por la coca se evidencia en la compra e ingesta de alcohol y el consumo de pasta básica de cocaína (PBC). La coca ha fomentado las relaciones entre hombres colombianos (dueños de las parcelas de coca) y mujeres ticuna, lo que ha generado desapego y quiebre cultural en los hijos nacidos de estas relaciones. La violencia ha aumentado, considerablemente, como resultado de la pérdida del control sobre sus propias vidas en estos tiempos de cambio. Para pensar en un futuro mejor, hay que tener en cuenta que las cosas no van a volver a ser como antes, pero quizás las grietas puedan generar nuevos espacios para la mujer ticuna. Es necesario que las alternativas de desarrollo propuestas por el Estado y/o la sociedad civil consideren a las mujeres ticuna como agentes de cambio de sus propias comunidades, que promuevan la identidad y generen oportunidades para la autonomía económica. Solo así tendrán más herramientas para generar alternativas al suicidio y responder a las violencias ejercidas por los maridos abusivos.

No cabe duda que el fortalecimiento de la identidad y los valores del pueblo ticuna permitirán recuperar el equilibrio de las relaciones sociales en las comunidades ticuna del Bajo Amazonas, pero esto no será suficiente. La revalorización de las prácticas tradicionales desarrolladas por las mujeres ticuna favorecerá la recuperación del prestigio social, acaparado hoy, de manera exclusiva, por los hombres. Para lograr esto, será también necesario establecer programas de protección y acompañamiento que permitan recuperar este prestigio, sin provocar una respuesta negativa por parte de los hombres ticuna. Como ocurre en las sociedades urbanas, en las sociedades rurales también es preciso involucrar a los hombres en los procesos de análisis y cambio. En la medida en que lo logremos, podremos aumentar la presión social hacia los maltratadores y favorecer la agrupación de las mujeres para combatirlos y denunciarlos adecuadamente.

Será preciso comprender cuáles son las dinámicas sociales en las comunidades ticuna, estableciendo nuevas dinámicas y procesos

de análisis más extensos, e intentando no reducir nuestro trabajo a reuniones esporádicas que solo justifiquen nuestros planes operativos. El acompañamiento permanente, la familiaridad y la cotidianidad en las comunidades permitirán conocer cuáles son los problemas y reaccionar con rapidez cuando se vulnera a las mujeres. Los que firmamos este artículo nos conmovemos con esta elegante esperanza.

Imagen 2

Maestras tejedoras de Bufeo Cocha unidas por identidad



Tomada por Manuel Martín (2016).

Que este artículo sirva para elevar la memoria de Luzmila Hernández Huahuari y de Merci Peña Pereyra. Agradecemos a las comunidades de Nueva Galilea, Bufeo Cocha y Santa Rita de Mochila; a Percy Rodríguez, a Carlos Chávez, a las profesoras Marcia Moreno y Betsabé Guerrero, así como a Nicholas y Lucas Kawa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bant, Astrid A. (1999). La política del suicidio: el caso de las mujeres aguaruna en la Amazonía Peruana. En Maria Heise, Liliam Landeo y Astrid A. Bant, *Relaciones de género en la Amazonía peruana* (pp. 121-148). Lima: CAAAP. Ver p. 15 (al pie)
- Barros, Marilisa (1991). As mortes por suicídio no Brasil. En Roosevelt M. Cassorla (Coord.), *Do suicídio: estudos brasileiros* (pp. 41-53). Campinas: SP: Papirus.
- Belaunde, Luisa Elvira (2005). *El recuerdo de Luna: género, sangre y memoria entre los pueblos amazónicos*. Lima: Fondo Editorial UNMSM.
- Biehl, João (2006). *Vita: life in a zone of social abandonment*. Berkeley: University of California Press.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas* (vol. 1). Barcelona: Anagrama.
- Brown, Michael (1986). Power, gender, and the social meaning of aguaruna suicide. *Man*, 21(2), 311-328. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/2803162>
- Cassorla, Roosevelt M. y Elizabeth L. M. Smeke (1994). Autodestruição humana. *Cadernos de Saúde Pública*, 10(1), 61-73.
- CEPAL (2018). *Autonomía económica*. Lima: CEPAL. Recuperado de <https://oig.cepal.org/es/autonomias/autonomia-economica>
- Chenais, Jean Claude (1981). *Histoire de la violence*. París: Robert Laffond.

- Corpas, José Manuel (2011). Aproximación social y cultural al fenómeno del suicidio: comunidades étnicas amerindias. *Gazeta de Antropología*, 27(2). Recuperado de https://www.ugr.es/~pwlac/G27_33JoseManuel_Corpas_Nogales.html
- Deere, Carmen (2011). Tierra y autonomía económica de la mujer rural: avances y desafíos para la investigación. En Patricia Costas (Coord.), *Tierra de mujeres: reflexiones sobre el acceso de las mujeres rurales a la tierra en América Latina* (pp. 91-127). La Paz: Coalición Internacional para el Acceso a la Tierra, Fundación Tierra.
- Domenach, Jean Marie (1980). La violence. En Unesco, *La violence et ses causes* (pp. 31-42). Paris: Unesco.
- Douglas, Jack D. (1967). *The social meanings of suicide*. Princeton: Princeton University Press.
- Durkheim, Emile (2006). *On suicide*. London: Penguin Classics.
- Echeburúa, Enrique (1989) *Personalidades violentas*. Madrid: Editorial Pirámide.
- Farmer, Paul (1996). On suffering and structural violence: a view from below. *Race/Ethnicity: Multidisciplinary Global Contexts*, 3(1), 11-28.
- Fuller, Norma (2009). Relaciones de género en la sociedad awajún. Peru: CARE. Recuperado de <https://www.care.org.pe/wp-content/uploads/2015/06/Relaciones-de-Genero-en-la-Sociedad-Awajun1.pdf>
- Garcia, Angela (2010). *The pastoral clinic: addiction and dispossession along the Rio Grande*. Berkeley: University of California Press.
- Guevara, W. (s. f.). *Violencia y género en la cultura awajún*. (Texto inédito compartido por el autor vía e-mail el 5/12/2018).
- Heise, María (2001). Relaciones de género en la selva peruana. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, (28), 315-322.

- Lasprilla, Victoria (2009). *Chagras y mujeres indígenas: significado y función del trabajo femenino en la comunidad indígena Ticuna San Sebastián de los Lagos* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Leticia.
- López, Noam y Diego Tuesta (2015). Economías ilícitas y orden social: la frontera de Perú, Brasil y Colombia. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (111), 79-104.
- Lorente, Miguel y José Antonio Lorente (1998). *Agresión a la mujer, maltrato, violación y acoso: entre la realidad y el mito cultura*. Granada: Comares.
- Meertens, Donny (1995). *Las mujeres y la violencia: conflictos rurales y sus efectos diferenciados por género*. Recuperado de <http://bdigital.unal.edu.co/48828/1/lasmujeresylaviolencia.pdf>
- Nimuendajú, Curt (1952). *The Tukuna*. Berkeley: University of California Press.
- Núñez, Cecilia; Manuel Martín, Margarita Del Aguila y Ricardo Zárate (2018). *Túxe: conocimientos tradicionales vinculados a la yuca (Manihot esculenta) en el pueblo Ticuna*. Iquitos: IIAP, Ministerio del Ambiente.
- OMS (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Ginebra: OMS.
- O'Neill, Kevin Lewis (2015). *Secure the soul: christian piety and gang prevention in Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- ONU (2009). *Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas*. Recuperado de <https://goo.gl/PqC3Do>
- Ozawa, Chikako (2008). Too lonely to die alone: Internet suicide pacts and existential suffering in Japan. *Culture, Medicine, and Psychiatry*, 32(4), 516-551.
- Platt, Thomas (1992). El concepto de violencia. *Revista Internacional de las Ciencias Sociales*, (132), 173-180.

- Preti, Antonio (2006). On killing by self-killing: suicide with a hostile intent. *Etudes sur la mort*, 130(2), 89-104.
- Quiroga, Susana y Glenda Cryan (2011). Conceptualización teórica acerca de las denominaciones de la violencia juvenil. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 51(52), 232.-263.
- Ramírez, Omar; John Puerto, Manuel Rojas, Juliet Villamizar, Luz Vargas y Zulma Urrego (2018). El suicidio de indígenas desde la determinación. *Revista de la Facultad Nacional de Salud Pública*, 36(1), 55-65.
- San Roman, Jesús (1994). *Perfiles históricos de la Amazonía peruana*. Iquitos: CETA.
- Silverstein, Sydney M. (2018). *What comes between coca and cocaine: transformation and haunting in the Peruvian Amazon* (Tesis doctoral). Emory University, Atlanta.
- UNICEF (2012). *Suicidio adolescente en pueblos indígenas: tres estudios de caso*. Lima: Unicef.
- Van Dun, Mirella (2016). Cocaine flows and the state in Peru's Amazonian borderlands. *Journal of Latin American Studies*, 48(3), 509-535.
- Vargas, Alejandra; Juliet Catherine Villamizar, Jhon Puerto, Manuel Ricardo Rojas, Omar Santiago Ramírez y Zulma Consuelo Urrego (2017). Conducta suicida en pueblos indígenas: una revisión del estado del arte. *Revista de la Facultad de Medicina*, 65(1), 129-135. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.15446/revfacmed.v65n1.54928>
- Wray, Matt; Cynthia Colen y Bernice Pescosolido (2011). The sociology of suicide. *Annual Review of Sociology*, 37(1), 502-528.